

día de la celebración, a mí, el tes-tigo mudo, la esfinge, el Buda quieto que algunos tocan y pocos ven. Pero no hablo, sólo pongo a funcionar, como en una película, los mecanismos de la memoria y cada vez que llega el momento, a veces doloroso, a veces no, las circunstancias se desenvuelven corregidas y aumentadas. No es extraño que Ramplonés haya pensado que algo así podría suceder [...] [pág. 56]

Sus padres desaparecen, el narrador queda a merced de dos mujeres, Zoila prima lejana y Jacinta que lleva y trae mensajes, atrae o repele personajes. Las mismas mujeres son la madre ausente y quienes lo inician sexualmente. Son también la ventana hacia el exterior.



1:57 a.m.

Según Jacinta, desde aquella época el olor de jazmín se sintió en todos los rincones. Ella misma lo llevaba pegado a su cuerpo. Desde su primera celebración después de su llegada, al ver que Zoila me felicitaba como lo hizo Úrsula hasta el día de su muerte, ella decidió que también le correspondía el deber, pero luego, después del ajetreo del desayuno y la romería. En la soledad del mediodía, entraba en la habitación, cerraba la puerta, se desabrochaba la blusa, siempre blanca y me estrechaba contra sus senos des-

nudos. Cuando fui más grande, mayor diría yo, se desnudaba por completo me metía en la cama junto a ella y me incrustaba entre sus piernas hasta que me quedaba dormido. La segunda vez que sucedió creí que era Zoila, el aroma de su cuerpo era idéntico. Después de eso el jazmín estaba pegado en todos los resquicios de las cosas y de nuestros cuerpos. [págs. 31 y 32]

La vida es la narración de Dositeo y sus veinticuatro horas narrables en cada onomástico, en esas horas desfilan apartes de la realidad nacional y conflictos entre los mismos personajes que van habitando la casa heredada por el protagonista, *flashbacks*, recuerdos, sensaciones, una casa tomada por ratos, una habitación clausurada, el deseo por una u otra de las mujeres, el incesto, la presencia de la religión entre otras, una y otra vez van armando una novela que de tan compleja a veces es muy confusa, abigarrada y poco tangible.

JIMENA MONTAÑA
CUÉLLAR

“Caleidoscopio de luces y sombras”

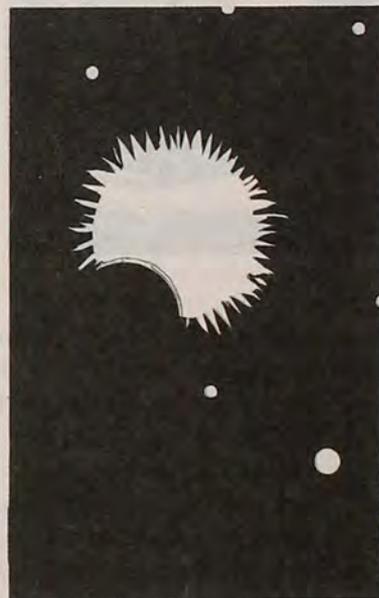
Desnuda en el armario

Cecilia Percy

Editorial Domingo Atrasado, Bogotá, 2006, 131 págs.

Sola, sentada en un andén, sin recurso alguno, Manuela se queda mirando el enorme camión que se aleja por la carretera. Alcanza, pese a su desamparo, a fijar la atención en los troncos que danzan pesadamente en la carrocería, como monstruos, y puede reconocer, a pesar de la distancia, una silueta blanca que se asoma por la ventanilla. Es Amada, su madre, que no ha querido llevarla consigo por aquello de no andar con hijos desocupados mero-

deando por ahí, pero que sí se ha ocupado en arrastrar los setenta y cinco troncos pintados que ha venido atesorando a lo largo de los años. Después de todo ella es una artista, una verdadera artista, la única en kilómetros y kilómetros a la redonda. Cada cual... como suele decir, con lo suyo. Si Manuela, que ya es toda una mujer, no consigue desenvolverse en Barranquilla, allá ella. Que bastantes oportunidades tuvo y que tenga buena suerte, o que si no... Que no se queje. Así las cosas, luego de gastar su última moneda en una llamada completamente inútil —su tía Elvira no quiere volver a verla— Manuela, nieta de doña Isabel, quien fuera la mujer más poderosa y rica de la región, e hija de Abel, el consentido, heredero de una gran fortuna, comprende que ya no queda ningún camino abierto para ella. Está desnuda, completamente desnuda y dentro de un armario en donde la van a sorprender.



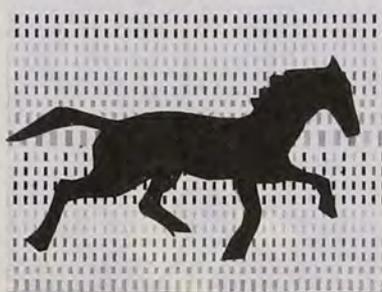
Estoy metida en un armario, desnuda. Oigo voces afuera, no me atrevo a moverme. No quiero que vean mis senos sin nada encima. ¿Por qué no me puse una blusa? No sé, no puedo pensar claramente. Está muy oscuro. De repente alguien abre la puerta. Veo a papá y a don Tulio. Me miran. Trato de taparme y me doy cuenta de que tampoco tengo pantalones.

Pero no es la única. Su madre, su padre, su abuela Isabel, ya fallecida, su tío Domingo, sus dos hermanos, Lito, el mayor y Francisco, sus abuelos maternos Luz y don Tulio, la tía Elvira, todos, en fin, arrastran como ella una vergonzosa desnudez que los sobrecoge y los vulnera. Que los coloca al margen de la vida y los transforma lentamente en caricaturas lastimosas y ridículas. Pero, ¿cómo pudo ser? ¿Cómo pudo pasarle a ellos, los señores, los ricos, los poderosos?

Todo comenzó con la abuela, Mamisa, la rica Isabel, la misma que ordenaba entregar a su nieto favorito, Lito, una bolsa de piedras y una cauchera para que el jovencito se entretuviera rompiendo las farolas de los tractores en la finca. Ella, que no supo imponerse al capricho de su hijo Abel, y que terminó aceptando a regañadientes su matrimonio con la mujer esa, la Amada, tan grande y tan descastada. Pero, claro que tomó justa venganza apartándolo de ella, convirtiéndolo en un extraño, en una sombra, en una ausencia. Ella que manejó en secreto todos los secretos de la prosperidad familiar, pues aun en tiempos de vida del abuelo supo tomar todas las decisiones, ordenar todos los recursos, ejecutar todas las acciones. Sin compartirlas con nadie, por supuesto, sin condescender a la más mínima participación, de manera que cuando ya no pudo más, sus herederos se encontraron con una inmensa fortuna que creyeron inagotable, y sin la más mínima idea de qué hacer con ella. Abel, que estudió en México, y alardeaba pomposamente de ello, nunca consiguió colocar los pies sobre la tierra y sumó a un error otro y otro; Elvira, educada como una princesa, doblegada por la intolerancia de la madre que no creía a nadie, ni a los mismos reyes, digno de llevarse su más preciada joya, terminó casándose de la peor manera, pues así como hay que morir de algo, con alguien también hay que juntarse; y los nietos, los hijos de Abel, de la opulencia a la indigencia, sin padres, sin casa, sin amigos, sin palabras, sin tiempo.

Pero también fue Amada, la mujer más bella de toda la región.

[...] alta y erguida, ojos claros, pelo rizado y oscuro, piernas largas y una personalidad arrolladora. "Casi marimacho" decían los vecinos. "Guerrillera" anotaban las mamás de sus amigas, que no veían con buenos ojos a Amada, especialmente porque en belleza aventajaba de lejos a sus hijas. En un pueblo donde todas las mujeres son bonitas, pero pequeñas como muñecas, Amada era una afrenta, una ofensa.



Ahora que si se trataba de saber algo distinto a presentarse de la manera más provocativa posible ante los demás, Amada se encontraba por completo desposeída. "...a duras penas sabía cuánto eran dos más dos...". Pero sí era capaz de imaginarse un mundo mejor para ella misma y de abrirse camino a codazos sin mirar hacia atrás. Como cuando se enteró de que Rosita, "esa ratita", con todo y ser minúscula y disminuida iba a terminar casándose con Abel, el soltero más codiciado del pueblo, el hijo de doña Isabel. Entonces se armó con todas sus baterías y terminó encandilando al joven heredero que no pudo resistir sus atributos y terminó, en contra de la voluntad de la madre, casándose con ella. Para hacerla infeliz, por supuesto, desde el primer día. Desde el mismo día de la boda, que fue cuando conoció a Domingo, un hermano bastardo de doña Isabel, tío de Abel y médico que la auxilió luego de su desfloramiento criminal y se enamoró perdidamente de ella. Luego, después del abandono, cuando la cercaba la ruina y no tenía a quien

acudir, Domingo le propuso escapar y hacer vida común. Ella aceptó pensando en ser feliz, y porque creyó que no tenía nada para perder. Se equivocó. De nuevo. Ya para entonces decía ser artista y había terminado, para gran escándalo del pueblo, su bachillerato. Pero todo fue de mal en peor para los dos, el hombre terminó muerto en circunstancias desastrosas y ella, por supeza, despojada de todo otra vez, arrastrando sus troncos pintados y sus desolación rumbo a Barranquilla. Allí atrajo a la hija, a la trémula Manuela, quien a la voz de una vida mejor, escapó de la asfixiante tutela de su tía para ponerse a su lado. Manuela, la misma que ahora mira cómo su madre centellea a lo lejos, desde la ventanilla del camión, como una mancha clara, y no consigue llorar, aunque quisiera.

A lo largo y ancho de estas páginas la escritora Cecilia Percy nos presenta un relato conmovedor, de gran poder comunicativo. Escrito desde las particularidades de los distintos personajes que se ordenan en el drama, construye una multiplicidad de puntos de vista que, no obstante configurar una apretada complejidad, ocupan un lugar preciso en la estructura global de la narración y se articulan con claridad en ella. En sus catorce apartados nos encontramos con relatos contruidos con la objetividad del narrador externo que sabe, juzga y profetiza, pero también con el acendrado aliento íntimo de quien habla desde su particularidad más raigal e incommunicable. Es de nuevo el abigarrado filón narrativo de la cultura caribe colombiana, que no obstante haber sido objeto de reflexión, y abuso, a lo largo de innumerables ejercicios narrativos, sigue aportando suficientes posibilidades para sostener un trabajo como el que nos presenta la novelista, desarrollado con un preciso sentido de la proporción y con un cuidadoso despliegue de recursos expresivos. Porque la contundencia trágica de los eventos que se refieren, podrían habernos arrastrado con facilidad a territorios de lo

sentimental o de lo escabroso, pero un siempre presente sentido del humor que relativiza cada cosa y la pone en relación con su contexto, agiliza la narración y la hace fluida y sostenible. Tanto más cuanto al través de ese “caleidoscopio de luces y sombras”, en palabras del prologuista Sandro Romero Rey, se entrevé una consistencia estructural que nos enfrenta, de nuevo, a la intuición de ser miembros de una colectividad enfrentada al “fátum” histórico de la vacilación y el fracaso.

No obstante algunas erratas tipográficas, que sin embargo no se pueden ignorar (pág. 45), la Editorial Domingo Atrasado nos presenta un trabajo delicado y preciso. *Desnuda en el armario*, forma parte de una colección que se ocupa de dar a la luz pública una significativa serie de ejercicios poéticos y narrativos, que aportan claramente al proceso de construcción cultural que requiere el país. Saludamos la pertinencia de tal esfuerzo y nos declaramos a la expectativa del desenvolvimiento de sus procesos.

RAFAEL MAURICIO
MÉNDEZ BERNAL

Retrato del jurista adolescente ✓

Unos duermen, otros no

Eduardo Bechara Navratilova

Editorial Escarabajo, Bogotá, 2006,
124 págs.

Tras *La novia del torero* (2002) ésta es la segunda novela del autor, quien además de ficción intenta escribir crónicas de viaje. Éstas, consignadas en los blogs www.eduardobecharanavratilova.blogspot.com y www.brasilendosruedas.blogspot.com recogen el periplo, entre filantrópico y turístico, que realizó Bechara durante parte del 2007 por la costa brasileña.

Unos duermen, otros no es la historia de Boris Stefan, un empleado

explotado de una firma de abogados, quien además de padecer los desmanes de su jefe, debe soportar la muerte de su hermano en circunstancias violentas y enigmáticas. Una Bogotá asediada por el terrorismo es el marco en el que se desenvuelve la historia del protagonista, que debe enfrentarse al fantasma de su hermano muerto, a persecuciones en avenidas, a extraños mensajes electrónicos y al misterio y soledad que envuelven su vida, en medio de la crisis familiar, la esclavitud laboral y una inconclusa historia de amor.



Algunas novelas fallan desde el inicio; ésta es una de ellas. Al dispararle gas lacrimógeno en los ojos a un ladrón, Verónica, el Albatros, defiende a Boris, narrador y protagonista, de un atraco. Mientras su compleja historia de amor empieza, paralelamente termina la vida de Tufik, hermano de Boris, en un atentado terrorista en el norte de la ciudad. Hasta ahí todo bien, sin embargo, deteniéndose en las diez primeras líneas aparece un error de concordancia aún más nocivo que el gas lacrimógeno: Verónica defiende al narrador de un atraco “rociando con un líquido” los ojos de uno de los ladrones; más adelante la chica complementa la información: “menos mal tengo este gas lacrimógeno que mi papá me regaló para que me

defendiera”. Si bien, en un atraco la víctima puede ver lo gaseoso como sólido o líquido lo gaseoso, como en este caso, el lector se pregunta por qué el gas-líquido sólo afecta a uno de los atacadores y deja incólumes a los protagonistas.

Aunque la historia inicia fallando y es en conjunto, repetitiva e insulsa, no deja de tener momentos entretenidos, al menos no deja uno de sonreír al reconocer ciertas tensiones sociales en el protagonista y narrador de la historia. Boris es un personaje que vive una permanente contradicción social; por origen es pequeñoburgués: profesión liberal, carro, apartamento de soltero en el centro de Bogotá—aunque duerme algunas noches en el que sus padres tienen en el norte—; por aficiones es bohemio: medianamente ilustrado, lector de Antonio Caballero y Laura Restrepo, *chef amateur*, se divierte en los bares de La Candelaria y le gusta lo más *mainstream* de la salsa y del *rock* de los ochenta, aunque, pese a este mínimo inventario de lugares comunes, hay que decir que lee a Wislawa Szymborska probablemente en su lengua original; y, por su trabajo es proletario no sindicalizado: explotado y maltratado, no disfruta el trabajo y más bien debe padecerlo bajo las arbitrarias leyes de un patrón déspota.

En síntesis, la historia consiste en los desplazamientos de Boris entre su apartamento, la oficina y la casa de sus padres; los diálogos con sus compañeros de trabajo, con sus amigos o con su padre; los encuentros y desencuentros esporádicos con Verónica; las palabras de ultratumba que le dice su hermano; el cruce ocasional de correos electrónicos que le llegan a él, pero cuyo destinatario es un homónimo; la ciudad que recorre con los amigos para ir a fútbol o a caminar por los cerros orientales. Es así como la novela se construye en dos ámbitos: el laboral y el familiar. Entre los dos ocurre la vida personal de Boris. En la calle, de la oficina a la casa, pasa por donde el Albatros; en la casa, el drama por la muerte trágica del hermano. En la oficina un mal jefe, déspota y